

consideración estos escrúpulos de Don Quijote: la duda quijotesca que realmente le fascina es la expresada en el Capítulo LVIII de la Segunda Parte ante las figuras de los santos, hasta el punto de ser este pasaje el que inspiró su primer artículo sobre el héroe («¿Para qué afanarse? ¿Para qué todo ...?»; «Quijotismo», V p. 708). Ya entonces apelaba a la locura como estímulo para el afán, y a Dulcinea como a «la estrella que conduce a la eternidad del esfuerzo» (p. 711). Con respecto a Montesinos, Unamuno no tiene dudas: «no sirve sino creer a Don Quijote, que siendo hombre incapaz de mentir, afirmó que lo por él contado lo vio con sus propios ojos y lo tocó con sus propias manos, y esto baste y aún sobre» (p. 248). Pero lo decisivo no va a ser el argumento de sinceridad, ni la comparación abiertamente blasfema que precede a lo anterior, sino la apelación a la eficacia de la visión que estalla en el capítulo siguiente: «El que estas y otras no menos asombrosas hazañas llevó a cabo, bien pudo ver en la cueva de Montesinos cuanto se le antojara ver en ella» (p. 254). En sí misma, esta vía de legitimación implica aquí un desvío arbitrario del texto cervantino: Don Quijote no vio tales visiones porque se le antojara, y admite incluso como hipótesis su falsedad –pero esto no es para Unamuno, digno de tenerse en cuenta. Lo que él busca es la conclusión de que «el efecto práctico es el único valedero de la verdad de una visión cualquiera» (p. 254). Y su lectura sí que encuentra un fundamento sólido en el Capítulo L de la Primera Parte, cuando, en su sustancioso diálogo con el canónigo sobre la verdad o mentira de los libros de caballerías, Don Quijote recurre abiertamente a un pragmatismo casi terapéutico: «Lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejora la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos...» Es evidente que entre los efectos admirables de los libros de caballería no se cuentan la humildad ni la modestia (en su artículo apóstata de «¡Muera Don Quijote!» ya advertía nuestro autor contra «lo profundamente anticristiano del ideal caballeresco», V, 715), pero el catálogo resulta suficientemente impresionante. «¡Suprema razón!», exclama ahora Unamuno⁶. Desde esta forma un tanto peculiar, voluntarista e individual, de prag-

⁶ Y en lo que sigue arriesga aún otra provocación blasfematoria e inusitada: «Suprema razón que no podía rechazar el canónigo, pues sabía bien que de haber hecho a los hombres humildes, mansos, caritativos y prontos a sufrir hasta la muerte se deduce la verdad de las leyendas que los hacen tales. Y si no los hacen así, entonces son mentiras y no verdad las leyendas» (pp. 215-216).

matismo va a desarrollar la concepción de la verdad característica de su programa quijotesco.

Regresemos ahora a otro pasaje básico de la novela de Cervantes. Es el Capítulo XXXI de la Primera Parte, cuando Don Quijote, ganado ya para la causa imaginaria de la princesa Micomicona, se decide por fin a interrogar a su escudero sobre su embajada a Dulcinea (con ansiedad perfectamente comprensible, después de tres días de ayuno y zapa-tetas). Sancho, que no sólo no ha visto a Dulcinea sino que se ha sumado a la conspiración del cura y el barbero, despliega una ficción plena de realismo –inspirada, no en la dama ideal de su señor, sino en la rústica y hombruna Aldonza. El pasaje supone otra vuelta de tuerca del quijotismo, puesto que el Caballero idealiza aquí y transforma, no la realidad empírica inmediata, sino un relato que improvisa Sancho y que además es mentiroso. Quizá por ello, la exégesis devota de Unamuno va a encontrar en él «la íntima esencia del quijotismo en cuanto doctrina del conocimiento», formulándola por de pronto con este principio: «No es la inteligencia sino la voluntad la que nos hace el mundo» (p. 188). La fórmula remite inevitablemente a Schopenhauer, pero la referencia implícita en todo este asunto es Nietzsche, que es quien eleva la estetización consciente a máxima programática⁷. «Así pues, aquel que quiere idealizar su vida debe no querer verla demasiado exactamente y retraer su mirada en un hechizo», dice Nietzsche: el principio le viene como anillo al dedo a Don Quijote. Lo que Unamuno va a querer acentuar es sobre todo el componente vitalista (que está ya en Nietzsche)⁸ y pragmatista (buen conocedor de Nietzsche –pese a sus furibundas e insinceras negaciones– lo era también de William James): el arte no le interesaba tanto como la (super)vivencia. Por eso va a brindar, a cuenta de la obstinación idealizante de su héroe en este Capítulo XXXI, su más despendolada y radical versión de una teoría vitalista de la verdad.

«En este mundo todo es verdad y es mentira todo.⁹ Todo es verdad, en cuanto alimenta generosos anhelos y pare obras fecundas; todo es

⁷ «Un medio capital para facilitarse la vida es idealizar todos los sucesos de ésta», proclama sin ambages en *Menschliches, Allzumenschliches I*, 279 (en *Sämtliche Werke, Colli-Montinari, Berlin, DIV-Walter de Gruyter, 1999, Band 2, p. 229*; la traducción, como en adelante, es mía). Unamuno cita a ambos pensadores alemanes en la *Vida*, y a los dos despectivamente: a Schopenhauer en la p. 313 (como “el tudesco”); a Nietzsche (con su nombre) en la 327.

⁸ La tarea del arte es «ante todo y primeramente embellecer la vida»; se trata de «dar a la vida y a la acción la mayor profundidad y significación posibles» (*Menschliches, Allzumenschliches II*, 174 y I, 6, *ib.*, pp. 453 y 28).

⁹ En su contexto inmediato, la afirmación corrige la conocida copla de Campoamor; pero en su contexto más amplio, desde luego, responde a la pregunta repetida a lo largo y ancho del Quijote.

mentira mientras ahogue los impulsos nobles y aborte monstruos estériles. Por sus frutos conoceréis a los hombres y a las cosas: Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira la que lleve a obras de muerte. La vida es el criterio de la verdad y no la concordia lógica, que lo es sólo de la razón. Si mi fe me lleva a crear o aumentar vida, ¿para qué queréis más pruebas de mi fe? Cuando las matemáticas matan, son mentira las matemáticas. Si caminando moribundo de sed ves una visión de eso que llamamos agua y te abalanzas a ella y aplacándote la sed te resucita, aquella visión lo era verdadera y el agua de verdad. Verdad es lo que moviéndonos a obrar de un modo o de otro haría que cubriese nuestro resultado a nuestro propósito» (pp. 188-189).

Como dirá más adelante, «el consuelo, por ser consuelo, ha de ser verdad» (p. 215). Conviene matizar que este consuelo es ante todo un resultado, y no el móvil para la verdad: aunque en sus posteriores obras religiosas Unamuno coquetea con cierto existencialismo *avant la lettre*, lo que está en juego aquí, en este su libro mejor y más auténtico, no es una terapéutica contra la angustia. La legitimación pragmática de la verdad se manifiesta *a posteriori*, pero viene dada *a priori*, por la autenticidad y virulencia de su impulso fundador. *Vida de Don Quijote y Sancho* es schopenhaueriana y nietzscheana porque exalta, sobre todo, una efusión inevitable y gratuita de la voluntad. El pragmatismo que atribuyo aquí Unamuno no ha de confundirse con practicidades acomodaticias, que sólo buscan la complicidad adaptativa con lo establecido: ésta es precisamente la actitud que tantas veces va a irritarle en Sancho, ese *sanchopancismo* que requiere establecer la causa de los ruidos antes de atreverse a dar un paso.¹⁰ Sancho es cobarde y práctico, a diferencia de su amo. Cuando Unamuno opone a la visión de Don Quijote en Montesinos las mentiras de Sancho tras su imaginario vuelo en Clavileño, halla el factor diferencial precisamente en el valor del Caballero y en la cobardía de su escudero: Don Quijote bajó a la cueva «lleno de coraje y denuedo», mientras que Sancho «montó en Clavileño aterido de miedo y con lágrimas en los ojos y no muy de su voluntad. Y así como el valor es el padre de las visiones, así la cobardía es la madre de los embustes» (p. 279).

Unamuno (de quien diría luego Ortega que era, «como hombre, de un coraje sin límites»)¹¹ admira de manera muy especial este valor de

¹⁰ Así en la aventura de los batanes: v. el comentario de Unamuno en la p. 155.

¹¹ «En la muerte de Unamuno», Obras Completas, Vol. V, Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 265.

Don Quijote. Pero por encima de su coraje físico, es su tesón moral lo que le admira; por encima de lances y aventuras, espectaculares como la de los leones, lo que suscita sus elogios más desafortunados es esa capacidad característica de Don Quijote de sostener, frente a lo establecido, su verdad. Cuando, en ese pasaje inolvidable del Capítulo XLV de la Primera Parte, Don Quijote afirma ante la nutrida concurrencia como su única certeza que el objeto disputado es yelmo¹², el comentario de Unamuno alcanza casi tintes exaltados: «Así, así, mi señor Don Quijote, así; es el valor descarado de afirmar en voz alta y a la vista de todos y de defender con la propia vida la afirmación, lo que crea las verdades todas. Las cosas son tanto más verdaderas cuanto más creídas, y no es la inteligencia, sino la voluntad, la que las impone» (p. 201). El pasaje es particularmente apropiado, puesto que, para asombro e indignación del barbero realista y los criados de don Luis, todos los que acompañan a Don Quijote corroboran que están ante un yelmo (la excepción es reveladoramente Sancho, que en otra muestra de su afán conciliador propone el *baciyelmo*; esto le cuesta, desde luego, la regañina de Unamuno, para quien «no hay baciyelmo que valga» y podrá ser bacía o yelmo, «según quien de él se sirva» –cursiva mía–, «pero lo que no puede ni debe ser, por mucho que se le quite o se le añada, es baciyelmo», p. 202). Como a esto sigue una pelea multitudinaria, el regocijo del exégeta es completo al ver a los burladores «quijotizados a su despecho mismo, y metidos en pendencia y luchando a brazo partido por defender la fe del Caballero, aun sin compartirla. Seguro estoy, aunque Cervantes no nos lo cuenta, seguro estoy de que después de la tunda dada y recibida empezaron los partidarios del Caballero, los quijotanos o yelmistas, a dudar de que la bacía lo fuera y a empezar a creer que fuese el yelmo de Mambrino, pues con sus costillas habían sostenido tal credo» (p. 203). La hipótesis recibe un fundamento sólido de la psicología social; como dirá el propio Unamuno en «El sepulcro de Don Quijote» (artículo de 1906 añadido como prólogo a la segunda edición de la *Vida*), «una locura cualquiera deja de serlo en cuanto se hace co-

¹² El episodio es casi una parodia anticipada de Descartes. En este castillo encantado, dice el Caballero, «no me atrevo a decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare». Eso sí, que el objeto en cuestión es yelmo lo afirma tajantemente; de todo lo demás «no me atrevo a dar sentencia definitiva: sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes. Quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como a mí me parecían».